

¿Todavía se cree en la Biblia en la Iglesia Católica?

Fernand Crombette



Un resumen de la Carta a su Obispo

Mons. Charles Marie HIMMER
como respuesta al sondeo
de opinión pública cristiana
en preparación al CONCILIO VATICANO II
21 de junio de 1962

Un resumen de este importante documento
del cual aquí son presentadas las páginas
que tratan de nuestro tema,
las relaciones entre la Fe y la ciencia

Tomado del texto del CESHE n. 47.09

CARTA A MI OBISPO

Mons. Charles Marie HIMMER

en respuesta al sondeo de opinión pública cristiana
en preparación al CONCILIO VATICANO II.

21 de junio de 1962

Fernand Crombette

CESHE - FRANCE

B.P. 51

F - 59731 - ST. AMAND CEDEX

(Este texto procede de los archivos del CESHE)

No part of this book may be reproduced or translated in any form,
by print, photoprint, microfilm and by other means,
without written permission from the publisher.

© by CESHE (Belgium) 1995

que ha dado permiso por el momento a Rosanna Breda,
en fecha 5 de abril de 1995, de publicar, de esta forma,
la presente obra en lengua italiana
26 de agosto de 2003

(Traducción y retoques en español, a partir del texto en italiano,
hecha por el P. Pablo Martín para uso privado)

AVISO

Fernand Crombette no era un teólogo ni un liturgista. Escribió a su Obispo una memoria en la que exponía **el origen de los problemas actuales de la Iglesia**, y mostraba su interés por cuestiones de Fe y de liturgia. Además, **le sugería una teología escriturística que se aleje de los estudios filosóficos aristotélicos**.

En varias reuniones de nuestro Círculo hemos leído extractos de la presente carta, y cada vez su publicación, si bien tan solicitada, fu diferida... por discreción y para dejar que fuera el tiempo el que confirmara o desmintiera **el diagnóstico dado y el pronóstico anunciado de una evolución catastrófica para la Iglesia**.

Desde su redacción ya han pasado 32 años, que por desgracia dan razón al análisis de Fernand Crombette, justificando su visión profética de las cosas. Por otra parte consideramos que el fallecimiento de Monseñor Charles-Marie HIMMER, ocurrido el 11 de enero de 1994, nos haya liberado del deber de la reserva.

Como todos los trabajos de Crombette, esta carta es un documento de estudio. No es la profesión di Fe del CESHE. Crombette expone a su Obispo sus propias tesis exegéticas, que ha desarrollado en algunas de sus obras. El esperaba (lo sabemos porque formalmente nos lo dijo) una reacción por parte del Obispo, y que con ocasión del Concilio, Roma, informada por él, las examinara y se pronunciase.

Ignoramos si el Obispo de Tournai le haya prestado a este documento toda la atención que se merecía e incluso si lo haya leído. Al final de estas páginas el lector difícilmente podrá evitar sentir una tristeza, ya que se dará cuenta de que **lo que verdaderamente estaba en juego en el Concilio había sido exactamente percibido por este católico lúcido**, mientras parece haber pasado inobservado para quienes habían sido interpelados por sus reflexiones.

19 de marzo de 1994.

FERNAND CROMBETTE

Estudioso francés, fallecido en anonimato en Tournai (Bélgica) en 1970, autor de una obra histórica y científica muy importante (16.000 páginas en 38 volúmenes y 2 atlas). Esta obra reconstruye el puente tan esperado entre la fe católica y una ciencia renovada, perfectamente de acuerdo con los datos de la Biblia.

Los principales temas son: la geografía de la tierra antes y después del Diluvio, la Prehistoria, la cronología y la historia de los más antiguos pueblos mediterráneos, y una nueva visión de la astro-nomía.

Los descubrimientos de este estudioso son fruto de un nuevo método de descifrar los jeroglíficos. Ello le ha permitido escribir la historia de los egipcios, los cretenses y los hittitas, directamente a partir de las inscripciones (principalmente las dedicatorias reales) que han dejado. La historia de estos pueblos ya no tendrá que ser una fantasía o una tesis gratuita, sino una verdad.

Al final de sus búsquedas descubrió que el copto (la lengua de los egipcios, por lo tanto de Moisés) podía servir para comprender mejor la Biblia. De ahí nació una traducción con el copto de los primeros 11 capítulos del Génesis. Esa traducción enriquece notablemente nuestro conocimiento de los primeros hombres, desde Adán hasta los descendientes de Noé.

(La Carta de Fernand Crombette)

Excelentísimo Señor,

Le ruego acepte mi respetuoso saludo, al que uno mi pesar por no haber podido mandarle en el plazo indicado la presente respuesta a su cuestionario sobre el Concilio; mi excusa es debida a que dicho cuestionario lo he recibido después del 31 de marzo.

A pesar de la relativa extensión de las consideraciones que tengo el honor de exponerle, me permito apelar a su caridad, Excelencia, para que Ud. quiera llegar hasta el final, ya que hasta el final debo hablar de cosas serias, en su mayor parte muy serias, y Ud. mismo se podrá dar cuenta de que superan con mucho en importancia los mil asuntos administrativos que ocupan habitualmente el tiempo precioso del Pastor de la diócesis.

Así pues, Excelencia, se trata de un concilio que ha sido bautizado como “el Concilio de la unidad o de la unión de las Iglesias”. Cada vez que, hasta ahora, he tenido ocasión de tratar este tema con personas de Iglesia, siempre han declarado sin la menor duda que la unión no se podrá realizar más que con la aceptación pura y sencilla, por parte de los separados, de todos los dogmas de la Iglesia Católica. **La unidad no puede ser por tanto más que la unión en la Verdad.** Desde luego, es necesario volver atrás en el tiempo para intentar resolver los antiguos malentendidos, **pero el fundamento de la unidad sigue siendo una cuestión de fe.**

Ahora bien, Excelencia, he examinado atentamente su cuestionario, y no he hallado nada que tenga que ver con este tema primordial de la fe y, por consiguiente, nada respecto a la resolución de los conflictos del pasado. Se habla en él de modernización de la Iglesia, de socialización, de técnica, de pacifismo, de descolonización, de participación del laicado en la acción del clero, de obras de caridad, del deber del cristiano, de liturgia, etc; es decir, de toda una serie de temas muy distintos, en que no aparece para nada la noción de unidad.

Me parecía que el cardenal Tisserant hubiera tratado de dirigir, con la colaboración de Mons. Roche y la aportación financiera de dos señoras canadienses riquísimas, la edificación de un gran edificio destinado a acoger a los representantes de las iglesias separadas que tuvieran escrúpulos de entrar en el Vaticano. ¿Ese enorme Hotel ahora se ha vuelto inútil? Sé muy bien que **la idea del Concilio de la unidad ha sido lanzada de una manera bastante inoportuna.**

Toda la floreciente Iglesia en China se ha pasado al comunismo nacionalista con sus 51 obispos elegidos por el pueblo. La misma suerte amenaza a todos los países sucesivamente conquistados por los comunistas.

En el Congo ex-belga se masacran a los misioneros en gran número conforme al plan comunista de Lumumba, denunciado por el general Janssens y que mira nada menos que a la supresión total de las misiones congoleñas; los religiosos que todavía quedan reconocen que muchos de los negros convertidos vuelven al fetichismo; ha sido creada una religión que es una monstruosa mezcla de cristianismo y brujería. El Padre Youlou, presidente del Congo ex-francés, ha sido suspendido “*a divinis*” a causa de sus relaciones con los brujos.

El Santo Padre había acariciado la esperanza de que algunos patriarcas ortodoxos quisieran asistir a las sesiones del concilio. Kruschew ha hecho fracasar el proyecto; él, que siempre se había opuesto a la asociación de la iglesia rusa con las otras iglesias griegas, ahora ha favorecido esa unión, de modo que baste su veto para que ninguna

iglesia ortodoxa sea representada en el concilio. Sin duda, muchos jefes de la Alta Iglesia anglicana son favorables a la unión, pero no han podido esconder al Papa que no serían seguidos por la mayor parte de sus fieles, hostiles al nuevo dogma sobre la Santísima Virgen. En cuanto a las muchas sectas protestantes u otras, como son los Testigos de Jehová, de procedencia en general americana, están multiplicando como nunca su propaganda, y no sin éxito.

De ese modo, hablar de un Concilio de la unidad cuando **la Iglesia Católica se está cayendo a pedazos** y “el telón de acero” se está cerrando cada vez más rigurosamente ante ella, es una auténtica apuesta.

Se habría debido comprender que se estaba aventurando en un callejón sin salida y se ha intentado desviar hacia una vía muerta. Se ha orientado hacia un acuerdo con los separados, en cuando a métodos de apostolado, **dejando a un lado las cuestiones dogmáticas, con la reserva de una vaga creencia de base en Dios.** Hacer ésto sería sustituir una simple inadvertencia con un error de extrema gravedad: lanzar a la entera Iglesia Católica al americanismo.

Mons. Delassus, director del seminario religioso de Cambrai, ha dedicado al americanismo numerosos capítulos de su libro “*El problema del error actual*”, publicado en 1904. No tengo intención, Excelencia, de afligirle con su lectura integral; me limito a algunas citas:

pág 273. “*Hacer de todos los estados del Viejo y del Nuevo Mundo las provincias de una sola y única república, someter todos los pueblos al gobierno de una Convención única, no es sino una parte del plan que se ha propuesto la secta judeomasónica para la construcción de su templo.... La gran etapa en el camino que a ello conduce es el de la religión humanitaria*”.

pág. 277. “*La tarea que la Alianza Israelita Universal se ha propuesto realizar para preparar la edificación del templo, es introducir en el catolicismo y en lo que queda firme en las otras religiones, elementos de disolución que las lleven a confundirse todas en una vaga religiosidad humanitaria. Los dogmas forman, por así decir, la osamenta de las religiones, y es por los dogmas que las religiones se distinguen entre ellas y se mantienen separadas las unas de las otras. El gran esfuerzo de los apóstoles de la religión humanitaria ha de ser hacer que desaparezcan... Sobre todo en América es donde este proyecto ha cuajado. Desde hace mucho tiempo se trabaja para abatir las barreras dogmáticas y unificar las confesiones de tal modo que se favorezca el camino al humanitarismo.*”

pág. 279. (según M. Bargy) “*El americano cree que su nación es la elegida por Dios. En esa confianza patriótica de los americanos, los judíos han reconocido la suya. Su orgullo nacional se ha llegado a fundir con el de sus nuevos compatriotas. Unos y otros esperan de su raza la salvación de la tierra. Esa salvación, tanto por unos como por otros, la entreven en la evolución religiosa que se nota en los Estados Unidos, en la Iglesia Católica como entre los ebreos, los protestantes o los independientes, y que prepara una religión de la humanidad en la que se confundirán todas las religiones existentes.*”

pág. 286 “*En la relación que M. Sautier ha presentado sobre la reforma social, dice: “¿No es tal vez necesario que todos los que creen en Dios y en el Evangelio busquen la ocasión de ofrecerse una mano fraterna por encima de todas las barreras que los separan?” Volvemos a encontrar aquí las tendencias de la "religión*

americana", cuyo credo es "la fe en el bien", que les va bien tanto a personas de todas las religiones como a quienes se declaran sin religión".

pág. 293. "En su libro "El americanismo", M. Albert Houtin añade: "Los católicos que quieran permanecer fieles a su religión resentirán esta crisis teológica... Las comunidades cristianas de los Estados Unidos, formadas por fieles de distintas razas y lenguas che normalmente viven en buena armonía, preocupadas más bien por asegurarse una buena vida presente que preocupadas por una vida futura, son llevadas a poner la moral y la caridad por encima de los dogmas y de los ritos".

"Mons. Keland escribía, en 1893, en la introducción de la Vida del P. Hecker: "La corriente americana que desde hace un cuarto de siglo pasa tan abiertamente al océano del catolicismo se remonta, me parece, en gran parte al P. Hecker y a sus primeros colaboradores". Hecker había dicho de Brownson, su maestro: "Sus conclusiones hacen de Cristo el más grande de los demócratas y del Evangelio el verdadero programa democrático. Nosotros no queremos ver en el cristianismo más que una institución social, dejemos a un lado la parte religiosa como residuo sin importancia".

Entre los católicos, desde 1795, La Rochefoucault Liancourt notaba que los sermones en las distintas iglesias no eran acerca de ningún punto de doctrina, sino todos sobre la moral".

pag. 299. "La carta de León XIII al cardenal Gibbons demuestra que las observaciones hechas por los autores citados no carecen de fundamento. El Papa critica el pensamiento y la forma de obrar de quienes "para conducir más fácilmente a la Verdad católica a los separados, quieren que la Iglesia se acerque ante todo a la cultura de un mundo que ha alcanzado la edad adulta, y que, abandonando su antiguo rigor, se muestre conciliante con las aspiraciones y las exigencias de los pueblos modernos". Y concluye: "De todo lo que hemos dicho hasta ahora aparece, querido hijo, que no podemos aprobar esas opiniones, conocidas por tantos bajo el nombre de americanismo".

Es evidente que, si no se tratara de dejar a un lado los dogmas con el fin de realizar la unidad social, sería del todo inútil reunir un Concilio ecuménico en Roma; bastaría enviar delegados con plenos poderes a la asamblea nacional de los disidentes celebrada en Nuova Delhi a finales del año pasado. Nicolás de Cusa se estaría frotando de gusto las manos: la ortodoxia de ese cardenal era más que sospechosa, tanto que la "Enciclopedia" le hace el siguiente gran elogio:

"En teología sus ideas son de una independencia asombrosa. El cree en la posibilidad de la paz perpetua en religión y en filosofía, y la diversidad de cultos no le parece que sea un obstáculo a la fundamental unidad de las creencias. El cree también que las religiones se diferencian más por la expresión simbólica que por el pensamiento que contiene en el fondo la misma verdad, la misma fe, el mismo Dios. Partiendo de ésto, lanza la idea, extremadamente notable en su tiempo, de la posibilidad de una fusión religiosa para la tolerancia universal."

¿No ve, Excelencia, que esas ideas descabelladas ya se estan realizando? Su mismo cuestionario, con la prioridad que da a la adaptación de la Iglesia al mundo moderno, ¿no es una prueba de ello?

Poco a poco, sin darnos cuenta, hemos entrado en el juego que denunciaba con mucha anticipación la extraordinaria clarividencia de Mons. Delassus: nos estamos

americanizando. Así como Bismark supo habilmente preparar el imperio alemán con el “Zollverein”, América ha impuesto moralmente el Mercado Común que ha de llevar a Europa a la unidad política reunida bajo la bandera estrellada por mediación de la OTAN. Pues bien, esta Europa políticamente unida soñada por América, ha de ser una república masónica; los procesos verbales de las logias con mapas geográficos lo han mostrado claramente. El cuadro general de esta organización es la O.N.U, ese consorcio de naciones de todos los tamaños y de todos los colores, que el cardenal Lavignerie, experto en evangelización colonial, llamaba la peor de las soluciones.

Quisiera pensar, Excelencia, que está Ud. de acuerdo conmigo en que, si “*el mayor esfuerzo de los apóstoles de la religión humanitaria (o sea, americana y judeo-masónica), ha de ser el de hacer desaparecer los dogmas*”, el deber primordial de la religión cristiana no es ponerse a remolque de las potencias de este mundo para ayudarles a realizar su programa, sino, al contrario, confirmar y afirmar más que nunca sus dogmas. Si no queremos que la misma Iglesia Católica teja la inmensa variopinta alfombra oriental que adornará el palacio del Anticristo y sobre la cual erigirá su trono, que se aleje a toda prisa de la trampa de la unidad de las iglesias que no quieren la unidad de fe.

En lugar de desperdiciar sus esfuerzos en una cantidad de cuestiones de detalle y extraviarse en sendas peligrosas, el Concilio debe aplicarse a la cuestión esencial de la unión en la Verdad. Y cuando digo que es la cuestión esencial, Excelencia, no me refiero sólo a los dogmas por lo que se refiere a lo externo, sino aún más en lo que atañe a la situación interna de la Iglesia Católica, que ya no se da ni cuenta de cuánto está corroída por la incredulidad y que **ante todo es en ella misma donde debe realizar la unidad en la Verdad.**

No ignoro que la Comisión central preconciliar ha dedicado una de sus sesiones a la defensa del depósito de la Fe y que ha reafirmado el principio del conocimiento de Dios a través de las obras de su Creación. Permítame, Excelencia, que le diga que ésto es un poco corto y filosóficamente más bien débil, ya que remontarnos de la Creación al Creador es ya presuponer que existe un Creador, lo cual es precisamente lo que se quiere probar. Si queremos evitar esta “petición de principio”, hace falta ir más lejos. Vayamos hasta el fondo: nos hallamos en presencia de este dilema inicial: *el ser o la nada*. Y puesto que el ser no puede salir de la nada, si existe el ser, hace falta que siempre haya existido, y como la extensión de este ser no puede ser causada por la nada, el ser es necesariamente infinito en duración y en el espacio. Ahora bien, en el mundo está el ser. Alguien podrá divertirse y negar incluso que existamos, pero negar es ya decir, y decir es ya un acto que manifiesta la existencia.

¿Eso significa tal vez que en el ser infinito y eterno tenemos la prueba de la existencia de Dios? ¿De cuál Dios? ¿Del Dios *Uno y Trino* de los cristianos? ¿Del vago deísmo de la masonería anglosajona? ¿Del panteísmo de Spinoza? ¿O del Cosmos del ateísmo ruso? ¿Quién juzgará las opiniones sobre este tema? Volvemos al problema inicial: hay probar que hay un Dios personal y que El es distinto de su creación. Desde luego, los católicos lo aceptan: siguen afirmando las verdades del Credo. Pero aceptar los dogmas es un acto de fe, hasta que no se da la demostración racional.

Pues bien, la Sagrada Escritura es la que nos ha revelado la existencia de este Dios *en Tres Personas*: la Sagrada Escritura, la Biblia, es por tanto la base de la Fe.

Y llegamos al corazón de la pregunta: **¿se cree todavía en la Biblia en la Iglesia Católica?**

La Prehistoria acaba de perder dos de sus luces: el Padre Teilhard de Chardin y el P. Breuil; el primero, profesor del Instituto católico de París, el segundo miembro de dicho Instituto. Desde el punto de vista científico la obra de esos dos religiosos, aun siendo altamente estimada, es de lo más discutible: presenta hipótesis infundadas; desde el punto de vista religioso su acción ha sido deletérea. No voy a multiplicar las citas. El Padre Teilhard de Chardin admite, como Descartes, que Dios ha dado un impulso inicial a la naturaleza y un alma al hombre, pero luego, en sus "Estudios", él escribe (vol. 167, pág. 543):

"Incluso si los fijistas (los que creen que las especies son fijas) llegaran a precisar de un modo no arbitrario el número y el lugar de las "fracturas" creadoras (incluso si no pretendieran más que una) chocarían con una dificultad fundamental: la imposibilidad para nuestra mente de concebir, en el orden de los fenómenos, un comienzo absoluto".

De esta forma, para estos religiosos, Moisés ha escrito en vano: "Al principio Dios creó el cielo y la tierra", en vano él ha dividido la creación en 7 etapas, en vano dice que Dios voluntariamente destruyó su obra en el Diluvio. Nada de todo eso vale: la naturaleza no ha tenido comienzo y ha evolucionado fatalmente sin interrupción alguna. **¿Qué queda de la Biblia en estas condiciones? Lógicamente nada.**

El P. Breuil no es menos atrevido: *"Nosotros estamos contenidos en las fuerzas cósmicas... El Cosmos es algo universal, indivisible, una realidad en cuyo seno hormigean, si puedo expresarme así, los seres individuales en su infinita variedad. El Cosmos no es Dios; va buscando su camino, con una especie de libertad de adaptación que no es menos comprensible que El; el Cosmos se abandona a mil experiencias, de las que sólo algunas salen bien y de las cuales las más extraordinarias (como la inteligencia humana) llegan a modificar, al menos localmente, el orden de las cosas".*¹

Aquí el papel de Dios es aún más reducido: el Cosmos es el que hace todo, como un aprendiz (además torpe), y en ese caos el hombre no es más que una "suerte casual", un logro inesperado. Así en vano dice la Biblia que después de cada etapa de la Creación Dios vió que las cosas que había hecho eran muy buenas, y el que el hombre fue creado a imagen de Dios. Y si se le preguntara al P. Breuil, como hicieron sus oyentes en Sudáfrica, lo que piensa de la Biblia, respondería (pag. 174):

"Muy sencillo: se trata de literatura de imaginación, que expresa los conocimientos de una época antigua, revestidos de ciencia humana y con las tradiciones de aquella época que se refieren a las verdades fundamentales... ¿La Sagrada Escritura? Considerémosla ante todo como un documento humano, que refleja de una forma muy condensada elementos de la historia real conservados por la tradición".

Y Adán y Eva, Caín y Abel, no son realidad histórica, sino símbolos (pag. 175, 176).

No resulta que el cardenal de París haya hecho callar a esos peligrosos charlatanes, que impunemente han podido ensañarse hasta el fin y cuyos discípulos fervientes siguen ejerciendo el culto. "El que calla consiente".

En el sur de Francia tenemos, en el Instituto Católico de Tolosa, donde enseña, al P. Bergouniox, gran admirador de los dos anteriores y propagandista de sus doctrinas evolucionistas absolutas, según las cuales el hombre desciende (o procede) del mono.

¹ - *La Table Ronde*, n. de noviembre de 1956, pág. 173.

Este Padre ha publicado libros escritos con ese espíritu, con la garantía de tres altas autoridades eclesíásticas: el Rev. P. Le Carou, provincial de Aquitania, Mons. Bruno de Solages, rector del Instituto Católico de Tolosa, y Mons. Saliège, arzobispo de Tolosa.

En el extremo norte de Francia el estrépito de claxon es idéntico, ya que, recalando los elementos de su estudio sobre las obras del padre Bergouniox, el cardenal Lienart escribe: *“Entre los descubrimientos de los que la ciencia está justamente orgullosa, los de la geología y la paleontología, sobre todo en el último medio siglo, son algunos de los más importantes”*.

Sigue un expuesto sobre la evolución del hombre, que va desde los Antropoides al hombre de Neandertal, luego al de Cro-Magnon, de Chanulade, de Grimaldi y de Wadyack. El cardenal prosigue:

“Sobre el camino de esta prehistoria de la humanidad, las evaluaciones varían entre 100.000 y 600.000 años y aún más. Pero sea como sea, se puede decir que la paleontología ha logrado descubrir mediante observaciones precisas la historia de la vida. Ella ha percibido también su movimiento interno bajo el aspecto de una lenta evolución que, a partir del estadio más rudimental, ha producido seres cada vez más perfeccionados hasta alcanzar, en la persona del hombre, el despertar de la mente. Para ella, el hecho de la evolución, o sea, del paso de la vida de una especie a otra, y por consiguiente del origen animal del cuerpo humano, ahora es considerado un hecho seguro... Lo que pasa es que la Biblia toca puntos que afectan al campo de la ciencia o de la historia. Pero hace falta subrayar que ella los toca de una forma peculiar suya. En la Biblia los datos de este género no se presentan bajo la forma precisa de un documento científico o histórico en el sentido en que lo entendemos hoy. Emplea para expresarse la gama de los géneros literarios, desde los escritos populares hasta las composiciones políticas, que no tienen nada de científico, hasta formas más objetivas, pero que aún presentan la ciencia y la historia como eran concebidas por los semitas. Nos engañaríamos pues, queriéndolos interpretar literalmente sin tener en cuenta esos aspectos... La única actitud conveniente para el cristiano es, por tanto, esperar a que la ciencia se pronuncie”.²

Por razón de su alta dignidad, el cardenal Liénart sentía el deber de no hacer las cosas a medias; él es científicista al cien por ciento: no hay que creer literalmente a la Biblia, pero si la ciencia nos dice que la humanidad se remonta a 600.000 años o más, si nos enseña que el hombre desciende del mono, se le puede creer. Si hay oposición entre la Biblia y la ciencia, no hay que esperar a que la ciencia se haya pronunciado, esa ciencia que marca su camino con sus pasos falsos. No hay duda de que semejante enseñanza exegética, lloviendo así desde tan alto, haya producido numerosos frutos.

Pasemos la frontera. Los mismos Estudios religiosos que han acogido con tanta admiración la prosa del cardenal de Lila, igualmente han dado espacio a un estudio del Rev. P. Boigelot, S.J, sobre el origen del universo. Para él:

“En muchos centros católicos falta también la visual neta de lo que la fe impone en estos temas y lo que no impone... Muchos chicos de las escuelas primarias salen de sus estudios con la convicción de que los seis días de la creación o la torre de Babel tengan el mismo valor histórico y de fe de la Encarnación de Jesucristo o de su Resurrección. Es cierto que nuestros alumnos de enseñanza media y nuestros ex universitarios di Lovaina estan mejor formados sobre estas cosas” ...

² - Los estudios religiosos, El pensamiento católico, Lieja.

“La Iglesia, iluminada por el Espíritu Santo, ha reconocido los puntos de la enseñanza doctrinal e histórica que ella impone a la fe de sus hijos. Son éstos:

1 - Dios ha creado todo el universo. Eso ha sido definido... eso es todo y nada más.

2 - Dios ha creado en el tiempo.

3 - Dios, con su providencia, dirige y gobierna todas sus criaturas...

La Iglesia por tanto no compromete para nada su infalibilidad atandose al concepto espacial que el Autor sagrado tenía del universo, del orden de sucesión cronológica que presenta de la creación de los diferentes seres, luz, firmamento, océano, tierra y mar, etc, y a la duración de los seis días de la obra de la creación y al descanso divino que siguió. Esos detalles de la narración pueden ser interpretados, o mejor, evidentemente se han de interpretar como un modo literario de presentación”.

Así los alumnos de la universidad de Lovaina, guiados por el Padre Boigelot, saben que, de toda la narración fabulosa de Moisés, no tienen que recordar más que una cosa: que *“Dios ha creado todo el universo”*. Estas simplificaciones son bien cómodas para los estudiantes. **¿Pero qué es lo que queda de la Biblia? ¡Nada!**

Pero la desgracia para la tesis del Padre Boigelot, es que se encuentran cada vez más pruebas de lo que ha dicho Moisés, y que cerca de Babilonia existe precisamente un zigurat con siete gradas, cuya edad se remonta a las primeras dinastías posteriores al diluvio, y que muestra, en las grietas que la atraviesan de arriba abajo y en sus ladrillos vetrificados por el rayo, que efectivamente hubo una torre elevada por los hombres, pero golpeada por la Justicia de Dios.

Hace unos dos años, me encontraba en la biblioteca de un instituto religioso para hacer unas consultas, cuando un sacerdote joven, estudiante de Lovaina, habiendo sabido que me ocupaba de exégesis bíblica, vino a buscarme para preguntarme lo que yo pensaba de la evolución. Le dije que esta teoría carecía de base, que el cambio del número de patas de una *“drosophila melanogaster”* no era una evolución y que nunca se había podido comprobar el paso de una verdadera especie a otra especie por vía evolutiva. El me replicó: *“Sin embargo en Lovaina todos son evolucionistas y creen que el hombre descende del mono”*. Yo le pregunté si había leído la obra del prof. Vialleton sobre el origen de los seres vivientes, que derriba la ilusión transformista. Me dijo: *–“¿De cuándo es ese libro?” –“De 1930” –“¡Oh, entonces ya está superado!”*. Así, en la universidad católica de Lovaina se deja que los alumnos ignoren una obra maestra que contradice la teoría evolucionista, de la cual, por el contrario, todas las publicaciones enseguida se difunden. Esta situación ha preocupado acaso al rectorado magnífico del episcopado belga? Excelencia, Usted sabe responder mejor que yo a esta pregunta.

Alguien ha dicho: *“Si se admite un acto creador inicial y a condición de no tocar problemas relativos al hombre, la hipótesis transformista se coloca en un terreno que no afecta al dogma. Ninguna proposición dogmática se opone a la hipótesis de que la naturaleza, creada por Dios, haya sido dotada por El con fuerzas evolutivas que explicarían ante todo el paso de un estado inorgánico al de ser organizado, y luego, por una serie de transformaciones naturales, a la aparición de todos los seres vivientes, excepto el hombre. Pero cuando la hipótesis transformista, aunque sea mitigada por un espiritualismo, se extiende al hombre, –y lógicamente no puede detenerse en los animales– sus conclusiones resultan opuestas a la enseñanza tradicional de la Iglesia”*.

¿Ha pensado, Excelencia, que cuando el Padre Teilhard de Chardin pretende que la creación no ha tenido principio y que contiene en sí todas las fuerzas necesarias para

evolucionar sin una nueva intervención divina, es suficiente atribuirle la posesión inicial de dichas fuerzas para prescindir del impulso divino y que, por lo tanto, el sistema del P. Teilhard de Chardin, del P. Breuil y de todos los evolucionistas integrales, lleva por fuerza a concebir el universo en un perpetuo devenir, que no es sino el del ateísmo comunista? No habría nada que responder, en ese orden de ideas, al marxista que objetara que una hipótesis vale la otra y que, si a uno le gusta suponer un Dios distinto de la naturaleza y que la está animando, parece más fácil concebir una naturaleza dotada de esas fuerzas que uno le atribuye al principio a Dios.

¿Cómo responder a la objeción? Esencialmente de dos modos:

1° - **La evolución integral no existe; nunca se ha podido demostrar experimentalmente.** Por lo tanto, toda teoría basada en la posibilidad de la evolución integral, mitigada o no mediante un espiritualismo, carece de base real y ha de ser cancelada de toda enseñanza científica precisamente en nombre de la ciencia. Que los investigadores traten de obtener pruebas de evoluciones, está bien; pero, aun cuando lograsen obtener evoluciones reales, nada les autorizaría a extrapolarlas al universo. Pero afirmar a priori un dogma laico, que ha habido evolución general, cuando no hay ninguna prueba, es demostrar una falta total de la objetividad que ha de inspirar a los científicos honrados.

2° - La evolución integral que excluye la intervención del Creador: importa demostrar con hechos que esas intervenciones han tenido lugar, como dice la Biblia, y que, por lo tanto, son herejes los que dicen lo contrario. Los llamo herejes, porque están en formal oposición a los datos esenciales de la Biblia acerca de la obra divina. Los llamo herejes, porque hasta ahí ha de llegar la sanción de la Iglesia si quiere detener un evolucionismo integral que conduce al ateísmo. Ahora bien, yo lo afirmo porque sé, Excelencia, que hay pruebas, numerosas, de las intervenciones directas de Dios en la creación. Pero para hallarlas, hace falta darle francamente la espalda a la ciencia "oficial" y no agarrarse a subterfugios.

Es para mí un sufrimiento oír, por ejemplo, que un eclesiástico ha venido a Tournai a dar una conferencia, en la que ha dicho que no hay obligación de creer en el Diluvio. Y cuando recibía la revista "Domingo" y notaba a menudo artículos infectados de modernismo, no podía resistir al deseo de responder. Sin embargo, era inútil; no se tomaban la molestia de responderme, ni de rectificar los errores publicados, lo que prueba que no querían darse con la azada en los pies. Así que definitivamente he renunciado a leer esa publicación diocesana.

Hace unos diez años, tenía necesidad de algunas enseñanzas acerca del hebraico bíblico; me aconsejaron consultar al canónigo Samyn, profesor de hebraico y de Sagrada Escritura en el seminario Mayor de Tournai. Me preguntó: - "¿Por cuál motivo?" - "Es porque quisiera demostrar la verdad literal de la Biblia". - "Pero si es muy sencillo: la Biblia es una narración oriental que no hay que entender literalmente".

¿Le extraña, Excelencia, después de este ejemplo (pues será sin duda lo mismo en los demás seminarios) que **el clero en general sea modernista y ya no crea en la Biblia?** Y no lo es sólo actualmente. Hace unos veinte años, el rev. P. Poucel, Jesuíta (que no era del mismo color de los Padres Teilhard de Chardin y Bogelot), escribía en su libro "Encarnación" (Mappus, le Puy-en-Velay, pág. 135 y siguientes):

"Un (estudioso) no faltó de conocimientos, sino sólo de luz. Uno que cree, firmemente, en sus experimentos... ¿no debería tener razón? Sabe muchas cosas y

aprende tantas otras; toca todo, acrecienta sin límites su saber con las persuasiones inmediatas e irrefutables de sus sentidos muy agudos. "Hombre animal", lo llama S. Pablo. ¿Por qué? Uno que toca todo, menos la luz, conoce todo, y hasta más de cerca que yo; todo... excepto la fuente de la luz, el cielo. Todo sobre la misma tierra, menos los reflejos de la luz; en una palabra, todo, excepto lo que es la tierra cuando es iluminada por el cielo. Eso es sencillamente lo que ignora. Pero eso empieza a ser tremendamente grave...

Es toda una metodología de la ciencia racional que está en discusión; es un código del conocimiento sobre el que los estudios humanos, hoy o mañana, se tendrán que regular. Tendrá que hacerse, si aún no se ha hecho... ¿Se ha admitido el principio? Tiene de qué temblar toda esa formidable laicidad que empapa a todos, a los anticlericales, como a los neutrales o a los clericales, a casi todos indistintamente. Tienen de qué temblar los unos, diríamos, y de qué embriagarse de alegría los otros. ¿Quiénes? ¡Exsulta, filia Sion! (¡Alégrate, hija de Sión!) Vosotros, los verdaderos amigos de la Encarnación, hermanos y amigos del Verbo Encarnado, del Amigo del hombre, Cristo Rey!

Admitido el principio... es que, en cada tema religioso que forma parte de nuestro horizonte terreno, la luz del cielo proyecta siempre una luz nueva capaz de modificar totalmente nuestro modo de ver. Las distintas aplicaciones de este principio ya amenazan terriblemente a la ciencia laica... Hay un tiempo para todo: demasiado tiempo hemos sufrido la humillación de ver la luz de Jesucristo expulsada de nuestras escuelas públicas mientras el crucifijo estaba colgado en la pared. Después, a causa de los exámenes y a causa de mil motivos, hemos sentido esa luz como una vergüenza. Y aún peor, nosotros los creyentes, nosotros los amigos del Amigo del hombre, nosotros vemos como se va borrando poco a poco de nuestro pensamiento "científico" toda huella de luz que viene de El. ¡Que no sirve! Es una injusticia que grita al Cielo, que la ciencia ciega se haya atrevido a apropiarse y a someter la vista clara. ¿Por qué nos hemos sometido? Y ahí estamos, en nuestros centros intelectuales, en nuestros seminarios, ahí estamos explorando a gatas nuestro propio suelo para verlo mejor. Et non consideravunt Caelum ("y no han mirado al Cielo") (Daniel, 13,9).

*Nuestras ciencias físicas y naturales, nuestro modo de ver la divina Creación, se han sujetado a la cola del laicismo, siguiendo ilustres Dídimos (el Apóstol Tomás), que para progresar en la verdad no tienen sino la punta de su dedo, con un bastón que lo prolonga. Usquequo Domine? (¿Hasta cuándo, Señor?) Pero Dios escucha las plegarias, y este tiempo, por varios signos, este tiempo, me parece, se acerca a su fin. Si la tierra ofrece mística por doquier, si por doquier es religiosa, por doquier reclama, para ser comprendida, una mirada de fe... La paleontología, esa ciencia de los orígenes, desde que empezó ha hecho grandes progresos con su bastón. Tanto que se presenta casi siempre sin falta y abiertamente, como ciencia puramente laica. Un tipo perfecto de ciencia de ciego de nacimiento o, mejor dicho, una ciencia ciega de nacimiento. No sabría imaginarme un tipo más puro... Así es nuestra paleontología, aventurada en la Tierra santa a través de la obra de Dios. Libre de tocarlo todo, avanza y avanzará indefinidamente. Hechos y más hechos, de hechos y restos auténticos, con carretillas y camionetas, por todas partes desentierra, y cuantos más saca, más se enreda. **Su debilidad es creer que con los hechos acumulados se hace la Verdad.** Un hecho es el resultado de materialidades que coinciden. La esencia, las causas son comprensibles sólo recurriendo al orden espiritual.*

Es también ridículo, por no decir humillante. Pero en eso parece que nadie piensa. Los católicos instruidos se han puesto a enseñar a los fieles incultos que no se asusten demasiado si descienden del mono... El fiel inculto no dice nada... Abre su libro del Génesis, que le habían dicho que era inspirado. Repasa en su catecismo lo que le habían enseñado sobre el hombre, la Gracia, Adán, su jardín y su pecado, su fin último. Y ya no entiende nada de nada. Y la Iglesia hasta ahora calla..."

¿No piensa, Excelencia, que ya sería hora de hablar y que el Concilio sería una excelente ocasión de hacerlo?

Pero veamos una advertencia que viene de mucho más alto. Inmediatamente después de la guerra de 1870-71, vivía en la Lorena ocupada una joven, Catalina Filljung, fundadora de una congregación religiosa, a quien la Stma. Virgen se dignó revelar cosas sobre el futuro de Francia, muchas de las cuales ya se han cumplido. La Madre de Dios le dijo, el 19 de mayo de 1873: *"Quieren ser demasiado sabios y ya no creen en lo divino. Se rechaza lo que es misterio, y en la propia inteligencia se halla la forma de explicarlo naturalmente. Muchos de mis servidores se ponen de acuerdo con este mundo perverso y dejan a un lado la sencillez primitiva... Se creen tan sabios que explican por sí solos los misterios de mi Hijo. Sin duda sufrirán mucho, pero yo protegeré de una forma particular a los que me aman"*.

El mal, que ni de lejos se supone, es inmenso. ¿Cuál es la causa? Pues justamente Virgilio ha escrito: *"Felix qui potuit rerum cognoscere causas"*. Es mucho más fácil curar el mal cuando se sabe de dónde viene.

El Padre Breuil nos lo indica (pág. 174 de la citada revista): *"... hace ya mucho tiempo, nuestro gran Papa León XIII, en una de sus Encíclicas, escribía que, por lo que se refiere a las ciencias naturales, la Sagrada Escritura no refleja sino el conocimiento de su tiempo, y hace ya mucho tiempo que en nuestra Iglesia está establecido que la historia de la tierra y de sus seres vivientes ha de ser dejada a la búsqueda de los Hombres de Ciencia"*.

Se trata evidentemente del siguiente párrafo de la Encíclica "Providentissimus Deus", del 18 de noviembre de 1893: ***"Ningún desacuerdo real puede existir entre la teología y la física bien comprendidas. Si hay aparente oposición, hace falta recordar que los autores sagrados, no teniendo como fin enseñar la constitución íntima de los cuerpos, a veces hablaron de la naturaleza de una forma metafórica o conforme al lenguaje de su tiempo, según lo que aparece a los sentidos"***.

Ahora bien, esa es precisamente la idea que sostenía, y con los mismos términos, Galileo, cuando escribía a la granduquesa de Toscana:

"La Sgda. Escritura... no puede mentir ni engañarse... pero... se cometerían numerosos y funestos errores si se quisiera atenerse siempre al sentido literal de las palabras... En cuestiones de ciencias naturales, la Sgda. Escritura debería ocupar el último puesto... La Biblia, adaptandose a la inteligencia de los hombres, habla, y en muchos casos con razón, conforme a las apariencias, y emplea términos que no están destinados a suprimir la Verdad Absoluta; la naturaleza se conforma rigurosa e invariablemente a las leyes que le han sido dadas... Una opinión que no tiene que ver con la salud del alma, ¿puede ser herética? ¿Se puede sostener acaso que el Espíritu Santo haya querido enseñarnos algo que no se refiera a la salud del alma?"

Cuando los modernistas leyeron esas palabras de la encíclica "Providentissimus Deus", no cabían en sí de alegría; todo el resto del documento pontificio, que por lo

demás contenía cosas excelentes, desapareció a sus ojos; se apresuraron a extender a toda la Biblia la concesión hecha por León XIII a la exégesis de Galileo. ¡Era tan cómoda para resolver todas las dificultades en caso de conflicto con una u otra ciencia! Así el modernismo se propagó con velocidad vertiginosa. El daño era tan grande que, poco después de su elección, San Pío X se creyó en deber de lanzar su encíclica “Pascendi” contra el modernismo, donde contradecía visiblemente la opinión de su predecesor. En efecto, escribía:

*“Según los modernistas, hay en los Libros Sagrados muchísimas cosas viciadas de error en materia histórica y científica. Pero no se trata allí –dicen– de ciencias o de historia, sino sólo de religión y moral. La ciencia y la historia son allí ciertas envolturas con que se cubren experiencias religiosas y morales para que más fácilmente se propaguen entre el vulgo; como éste no habría de entenderlo de otra manera, una ciencia o una historia más perfectas no le hubiera servido de utilidad, sino de daño... En fin, llegan al extremo de afirmar, sin atenuante alguno, que lo que se desenvuelve por medio de la vida, es todo verdadero y legítimo... Nosotros, venerables hermanos, para quienes **la Verdad es una y única** y que de los Libros Sagrados juzgamos que, escritos por inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios por Autor, afirmamos que eso equivale a atribuir a Dios mismo una mentira oficiosa o de utilidad, y con palabras de S. Agustín decimos: **“Una vez admitida en cumbre tan alta de autoridad una mentira oficiosa, no quedará ni la más pequeña parte de aquellos Libros que, si a alguien le parece o difícil para las costumbres o increíble para la fe, no se refiera por esa perniciosísima regla, al propósito y condescendencia del Autor, que miente. De donde resultará lo que añade el S. Doctor: en ellos cada uno creerá lo que quiera y no creerá lo que no quiera”**.*

Y el Santo Padre concluye: *“Abarcando con una sola mirada todo el sistema, ¿quién podrá extrañarse si Nosotros lo definimos la reunión de todas las herejías?”*.

Qué lástima, que San Pío X no se atrevió a desmentir abiertamente las concesiones hechas por León XIII al modernismo. El resultado fue que los modernistas siguieron apoyándose en el texto citado de la encíclica “Providentissimus Deus” para propagar cada vez más sus errores, dejando pura y simplemente caer la encíclica “Pascendi”.

¿El remedio? Que el Concilio tome claramente posición en este punto y cancele de la encíclica de León XIII el párrafo incriminado. **Hace falta tener el valor de reconocer sus errores.** La coincidencia entre la exégesis galileana y la interpretación dada por León XIII es demasiado evidente para no ver que el Papa se refería en su texto sobre todo al caso **Galileo**. VACANT e MONGENOT (Diccionario de Teología Católica) lo dicen sin rodeos: *“Los teólogos admiten hoy día la doctrina de Galileo. Es la enseñanza que se da en los grandes seminarios, y León XIII la ha garantizado con sua alta autoridad en la encíclica Providentissimus Deus”*.

Muy pronto en la Iglesia se había sentido vergüenza de la condena pronunciada por Urbano VIII en 1616 contra el sistema de **Galileo**. A partir de 1664, bajo el pontificado de Alejandro VII, la edición del “Índice” ya no contenía más que un resumen del decreto de 1616. La fórmula, ya endulzada, fue suprimida en la edición del “Índice” de 1757 con permiso especial de Benedicto XIV. Por último, el 11 de septiembre de 1822, Pío VII aprobó el decreto de la Congregación de la Inquisición que permitía la publicación de las obras que enseñan el sistema galileano. A estas retractaciones sucesivas del juicio de Pablo V y de Urbano VIII ya sólo faltaba la aceptación abierta de la exégesis de **Galileo**. Lo cual fue, como ya he dicho, lo que hizo León XIII en 1893. Esta última concesión al científicismo era más que nunca inoportuna.

Ya desde hace muchos años legiones de estudiosos, cada uno en su propio campo científico, habían intentado demostrar experimentalmente la rotación de la tierra en torno al sol, pero ninguno lo ha logrado. Por último, en 1880, un científico americano, Michelson, inventó un aparato, que llamó “interferómetro” y que era de alta precisión, para medir la traslación de la tierra y medirla exactamente. El aparato, puesto en marcha, no constató ningún desplazamiento de la Tierra. Se aumentó gradualmente la sensibilidad del aparato, pero durante más de 40 años no se obtuvieron resultados mejores. La ciencia atea estaba en apuros, el caso **Galileo** estaba de nuevo en entredicho y esta vez la Iglesia Católica tenía el puñal por el lado de la empuñadura. Pero no se aprovechó. Se buscaron explicaciones, falsas unas y otras, para demostrar que no se podía probar experimentalmente la traslación de la tierra. La última en el tiempo fue la teoría de la relatividad generalizada de **Einstein**.

Yo he demolido detalladamente todos esos intentos falsos, pero le evito, Excelencia, la lectura de ese volumen de discusiones científicas. Con todo, para darle idea de las barbaridades a que se ha llegado **por no querer admitir que la tierra no gira alrededor del sol**, le cito un folleto de Piccard, profesor en la universidad libre de Bruselas, titulado: “Entre cielo y tierra” (Losanna 1946 pág. 269):

“Nosotros podemos imaginar perfectamente un misil que transporta en una cabina cerrada algunos hombres con provisiones para un viaje de seis meses. Dejemos partir este dispositivo con una fuerte aceleración... Visto desde la tierra, con un reloj terrestre, nuestro cohete empleará por tanto miles de años para acercarse a las estrellas lejanas, e incluso millones de años si quiere llegar hasta las nebulosas espirales y regresar a nuestra tierra. Pero, por un efecto bastante curioso de la teoría de la relatividad, midiendo el tempo en la cabina del cohete, no habrán pasado más que algunos meses en el momento en que el mismo cohete toque de nuevo la tierra. Nuestros viajeros prácticamente no habrán envejecido, (mientras que) el género humano ya habrá desaparecido de la tierra y ellos podrá poblarla de nuevo si es que aún será habitable. Todo esto parece pura locura. Y sin embargo la teoría de Einstein es inatacable”.

Esto no es locura, ¡es la impostura más grande del siglo!

Semejantes individuos constituyen un peligro sumamente grave para la sociedad: de la perversión de la inteligencia proceden todas las demás perversiones. En Bélgica, en los dos compartimentos de lo que se llama “Defensa Social”, hay personas, criminales o dementes, que han hecho mucho menos daño. ¡Ah! No estaba equivocada la Iglesia cuando metió a **Galileo** en sus dulces prisiones. Habían visto claro los consultores en 1616. Había sido sabio, con una sabiduría también humana, el Papa Urbano VIII. Bien había juzgado el prudente y santo cardenal Roberto Belarmino, cuando escribía que las afirmaciones de **Galileo** eran muy peligrosas... pues en torno a estas afirmaciones se han agrupado finalmente los peores elementos subversivos. Pero, ay, precisamente en el momento en que la Iglesia tenía en la mano el medio para vencer definitivamente en el proceso de **Galileo**, ella prefirió entregar sus últimas armas al científicismo ateo. El enemigo, virtualmente vencido, pudo así volver a levantar cabeza. Y la encíclica “*Providentissimus Deus*” fue a ofrecerle además el refuerzo de la inmensa mayoría del clero católico convertido al modernismo.

Cuando llegó el momento de sustituir al difunto Pío IX, el Colegio cardenalicio se dividió en dos grupos; uno quería un Papa de oración, que rezara siempre con gran fervor; el otro, el que venció eligiendo Papa a Gioacchino Pecci, quería un Papa de gran talento, sabio, diplomático, sobre todo al corriente de los problemas de aquella época.

Pues bien, el diplomático dió su medida en la encíclica *“Providentissimus Deus”*: ¡nunca habría podido concebirse un error más colosal!

El caso **Galileo** por tanto hay que volver a examinarlo, pero no se trata de oponer al sistema de **Copérnico** el sistema superado de **Tolomeo**. Y como no se destruye sino lo que se sustituye, yo le puedo asegurar, Excelencia, que desde ahora existe una astronomía perfectamente de acuerdo con la Biblia y capaz de sustituir la astronomía galileana. Pero sin duda Ud. estará de acuerdo en que no puedo exponerle en pocos renglones todo un sistema astronómico. Si se lo digo es para que, en la Iglesia, vuelva la certeza de la victoria de la Verdad, y para que deje finalmente ese complejo de perro apaleado que arrastra desde hace 300 años.

Puesto que es difícil separarse de las ideas recibidas, tal vez, Excelencia, objetará que en la Biblia hay muchas ingenuidades e incluso cosas inverosímiles, y que, si no fuera ya posible decir que la Biblia es una narración oriental, no se ve qué cosa podría oponerse a quienes las advierten.

No tengo dificultad en reconocer que en la Vulgata, como en la Biblia del rabinado francés, en la Protestante de Segond, en la del cardenal Liénard, del Instituto bíblico de Jerusalén y, en definitiva, en todas las otras hay ingenuidades y cosas inverosímiles. Me permito solamente hacer notar que esas deficiencias han sido hechas por los traductores y no por Moisés. Ya que, Excelencia, voy a decirle una cosa enorme: **el hebraico de Moisés no ha sido comprendido**; ha sido tratado como una lengua flexional mientras que es algo muy distinto.

Me explico. Moisés, en su cuna, fue recogido por la hija del faraón Sèthos I y educado en la corte con Ramsés II, llamado el Grande; fue instruido por los sacerdotes en toda la ciencia de los egipcios; sólo a los 40 años se fue de Egipto. Por lo tanto, él hablaba en egipcio, pensaba en egipcio. **El egipcio**, lengua de los hijos de Misraim, hijo de Cam, era una lengua camita monosilábica que se ha conservado bastante bien en **el copto**. Por otra parte, cuando Abrahám llegó a Canaan, entre los hittitas, tuvo que abandonar la lengua semítica que había hablado cuando vivía, no en Ur de la Baja Caldea, sino en Bidor (en hebraico *Behour*), al pie de los montes del Jaldi-Dagh, en la Arapaxita, el país de Arpaxad, su antepasado. Ahora, **el cananeo**, y en particular el de los hittitas, también era una lengua camita, tan cercana al egipcio que es con **el copto** con el que se traduce más fácil los jeroglíficos hittitas. Por eso los filólogos no dudan en decir que el hebraico y el cananeo son una misma cosa. Por tanto, se puede pensar que Moisés escribió la Biblia **en egipcio** y que con **el copto monosilábico** se tiene mayor probabilidad de comprenderla. De hecho, yo lo he experimentado muchas veces; pasajes bíblicos, poco o nada comprensibles, resultan muy claros una vez que se descomponen en sílabas y se traducen con el copto. No voy a multiplicar los ejemplos, porque prácticamente sería volver a traducir el Génesis; me limitaré a algún ejemplo.

En la Vulgata, la Creación está repartida en *“seis días”*, y de ahí viene la creencia popular, compartida antes por numerosos teólogos, de que la formación del mundo no había requerido sino seis veces 24 horas. Pues bien, la palabra hebraica traducida como *“día”* se escribe םי, y se lee integralmente *Djooum*³, y no *Iom* o *Yôm*, como suele hacerse, pues I e Y son vocales y el alfabeto hebraico no tiene vocales; el signo ם representa una semilla, que en copto se dice *Dje*, y de ahí la equivalencia consonántica *Dj*. En cuanto a י, que se lee *O*, o bien *ô*, se compone del *Waw* ן que de por sí corresponde a la *W* inglesa (entre *V* y *O*), completado por el punto-vocal masorético *O*.

³ - La Carta está escrita en francés, por lo que “ou” en castellano es “u”, y la “j” francesa (en “dj”) tiene un sonido propio.

La lectura correcta de la palabra es por tanto *Djooum*. La equivalente copta de esta palabra es *Djôou*, *Djôm* = generatio, volumen = *generación, rotación*; o también *Djôou*, *M* = generatio, mittere = *generación, producir*. A causa de uno de los significados de esta palabra el sentido es, en hebraico, el de *día solemne, día aniversario*, che implica la idea de retorno periódico; por extensión, se ha tomado como un día de 24 horas, porque ese día *es producido* por una rotación aparente del sol en torno a la tierra. El mismo San Jerónimo, en el versículo 4 del capítulo 2º, hablando de la Creación, ha traducido: “*Istae sunt generationes coeli et terrae*”: “*Estas son las generaciones del cielo y de la tierra*”. La palabra hebraica traducida como “generación” aquí es הַיְלָדוּת, *Thooueldoouth*; pero esta palabra se compone de *Thoou*, equivalente a *Djôou*, generación, y de *El Doouth*, en copto *El Toot* = Facere, Manus = Manu facere = *crear*; y *Generación creada* es idéntico a *Generación producida*.

Así que no hay que decir: “1º día, 2º día”, etc, sino “1ª generación producida, 2ª generación producida”, etc. Por tanto no se trata de duración, sino de orden de sucesión de las diferentes partes de la creación, y todas las discusiones a que han dado lugar “los días” desaparecen.

El Génesis, cuando se vuelve a traducir de este modo, no presenta ya ni un solo pasaje al que la ciencia pueda oponerse. Es más, la ciencia de Moisés se muestra mucho más exacta, mucho más amplia y mucho más profunda que la de los estudiosos modernos. La Biblia aparece entonces como un documento de valor innegable: se impone; y cuando ella nos dice que Dios ha intervenido numerosas veces en su creación, hay que creerla. La Biblia no es una simple hipótesis, como la del Cosmos en continua evolución, que conduce al ateísmo; es la narración de hechos que afirman que hay un Dios personal, eterno y omnipotente y, distinta de El, su creación. La Biblia justifica el concepto cristiano del mundo. La Biblia no es una cosa de la cual burlarse; **es la base de la fe.**

La creación es la segunda palabra de la Biblia: בָּרָא, que ha sido leída *Bara*, *El creó*. Pero, según la escuela de Tiberiades, el *gâmes* ך tiene el sonido de ô, que se convierte en a si va reforzado con un *mèthèg* ׀. El *mounach* ך aquí no tiene sentido alguno, en cuanto es signo conjuntivo subalterno; pero puede descomponerse en un *mèthèg* ׀ y un *pathah* -.

Por consiguiente, la palabra se lee *Bôraha*, que con el copto se traduce: *Bo Ra Ha* = Vox, Facere, Ex = *Palabra, hacer, por medio de* = “*Hacer por medio de la Palabra*”.

La Palabra es la expresión del pensamiento de Dios. Dios por tanto ha pensado el mundo y, habiéndolo pensado, lo ha querido. Ahora, yo puedo pensar o no pensar, querer o no querer. Al ser contingentes y no necesarias las operaciones de la inteligencia y de la voluntad, la creación no es Dios. Así, nuestra fe se concretiza, pero todavía falta en Dios la noción de Trinidad, que ninguna deducción puramente racional podrá darnos. Sólo la revelación del Evangelio nos conduce a ella. (...)

* * *

La Carta de F. Crombette prosigue hablando de otros temas que en esta sede dejamos a un lado, reflexionando sobre el modo como la teología escolástica ha indagado sobre el Misterio de la Stma. Trinidad y sobre las “Procesiones divinas” del Hijo y del Espíritu Santo a partir, no tanto de los datos de la Sagrada Escritura cuanto de la filosofía aristotélica. Por último responde sucintamente a las cuestiones propuestas por el Obispo a sus diocesanos, como temas que aportar al Concilio. En una de sus respuestas, Crombette escribe:

...El cardenal Liènard, queriendo editar una Biblia, reunió un comité en el que hizo entrar a un seglar, Daniel Rops, ex alumno de la escuela Normal Superior de París, agregado de historia y de geografía, académico, cuyas obras de divulgación bíblica han sido los mayores éxitos de las librerías. Usted, Excelencia, creará que en todo ésto hubiera un notable consunto de garantías, que las cuestiones históricas suscitadas por la Biblia habrían sido tratadas por manos maestras.

Pues bien, respecto a ésto, he aquí el pensamiento de Daniel Rops:

“Para la historia de los Patriarcas, se pueden proponer fechas aproximadas; varían según los distintos autores. No tiene ninguna importancia que Abrahám haya vivido del año 2000 al 1900, como pretenden unos, o de 2160 a 1985, según otros. Establecidas sobre una serie de deducciones lógicas, basadas en relaciones con las listas reales de Egipto y con tablillas cuneiformes, sostenidas por fragmentos de cerámicas, esas fechas siguen siendo objeto de discusión y se sonríe cuando una cronología afirma con serena seriedad que la salida de Ur tuvo lugar en 2010 y que José fue vendido por sus hermanos en 1645. La modestia obliga a decir que todas las fechas anteriores al siglo VII a.C. son hipotéticas”.

Así, lo que Daniel Rops ha aportado al debate es **el escepticismo** que ha aprendido en la Escuela Normal Superior, y le respondo: no, señor sabio, **no es indiferente para una ciencia** que debe proponerse la búsqueda de la verdad, que los hechos sean mal datados o o datado de manera imprecisa, cuando es posible datarlos exactamente. No, señor historiador, **no es indiferente que las fechas de la historia sean imprecisas, falsas o inexistentes**, ya que querer escribir historia sin cronología es querer construir una catedrale sin planos y sin medidas, hacer un hombre sin esqueleto. No, señor católico, **no es indiferente que la cronología bíblica sea o no sea exacta.**

“La geografía, ha dicho con mayor sabiduría M. Pluncke, es sin duda la parte de la Sagrada Escritura más árida y donde menos se trata con los sentimientos y la conducta; sin embargo se puede decir que reviste un valor inestimable, porque basta para constatar la verdad de lo que se narra. La geografía pone todo en orden y hace palpable la verdad”.

Antes de que los grandes estudiosos de historia se vieran obligados a reconocer que ignoraban las fechas de la historia anterior al siglo VII antes de Cristo, hubo un estudioso de la historia a quien Dios inspiraba y que creyó deber indicar en su libro muchas fechas que habían de permitir colocar en orden los hechos. Si nuestros actuales historiadores de “pie pequeño” ya no las encuentran y se pierden en una multitud de cronologías contradictorias, es porque no han comprendido **aquel padre de la Historia que no fue Erodoto, sino Moisés**. Si existen 200 cronologías falsas, eso no significa que no exista una verdadera. El que haya muchas religiones falsas, no quiere decir que no exista una verdadera, y como una multitud de falsos dioses, que no exista un Dios verdadero.

Y, para ser constructivo, yo le diría además a Daniel Rops: si Usted hubiera estudiado a fondo el calendario sotíaco egipcio, si hubiera resuelto sus enigmas y se hubiera remontado en su curso, tal vez habría podido determinar, como he hecho yo,

- que dicho calendario había sido introducido por Thoth, el hijo mayor de Misraïm, primer faraón de Egipto, el 21 de marzo juliano del **2176 a.C.**, correspondiente al 3 de marzo gregoriano;
- que era muy normal, por consiguiente, que Misraïm hubiera llegado al Nilo 22 años antes, en otoño del **2198**, año en que tuvo lugar, a finales de junio, la dispersión de los hombres a partir de Babel;

- que esta última fecha era tanto más verosímil en cuanto que, en la toma de Babilonia por Alejandro (327 a.C.) Calístenes mandó a su tío una lista de observaciones de todos los eclipses de los últimos 1900 años, y que por tanto se había comenzado a hacer observaciones astronómicas en Babilonia en el 2227, o sea 29 años antes de la dispersión;
- que la fecha de la llegada de los hombres a la tierra de Sennaar correspondía a la fecha del 19 de abril gregoriano del **2348**, resultante del cómputo de Moisés para el comienzo del diluvio universal;
- que, habiendo determinado el diluvio el fin de las glaciaciones cuaternarias, la última había acabado en el **-2348**;
- que cada glaciación, conforme al movimiento actual de los glaciares de Groenlandia, había debido tener un periodo creciente de 222,22 años, o sea 20 periodos de actividad de las manchas solares de 11,11 años (De Morgan da una duración próxima, de 260 años, que resulta demasiado fuerte porque no tiene en cuenta ciertas dislocaciones diluvianas que han aumentado un poco las distancias);
- que las glaciaciones, habiendo sido siete (clasificadas en 4 periodos glaciales y 3 interglaciales; estos últimos fueron en realidad glaciaciones en el otro hemisferio), el conjunto de las glaciaciones (periodos crecientes) resulta de 1555,55 años (2347 y 2/3) los cuales, añadidos hacia atrás de la fecha del diluvio, **19 de abril del 2348**, nos llevan exactamente, como comienzo de la primera glaciación, al **29 de septiembre del 3904**;
- y puesto que las glaciaciones, que han hecho la tierra inculta, han sido el castigo del pecado original, sabemos así que fue cometido el **29 de septiembre del 3904**, o sea 100 años exactamente después de la creación de Adán, fijada por los rabinos en el mes de Tisri (septiembre-octubre) del **4004 a.C.** Evidentemente, si Adán fue creado precisamente en el 4004 a.C, todos los cálculos de los historiadores acerca de la enorme antigüedad del hombre son falsos; se adaptan mejor al prudente silencio de Daniel Rops sobre las fechas anteriores al siglo VII. Esta es la prueba de **la importancia para la fe de una cronología exacta**, no obstante la opinión del eminente colaborador del cardenal Liénart. (...)

F. Crombette